

una editorial y organización de semanarios, han protestado oficialmente contra la importación desahogada de revistas argentinas en desmedro de la venta de las nacionales. La solución que se ha vislumbrado es cómica. Imponer a todas las revistas extranjeras un sobrecargo. Bueno está que se imponga a las revistas argentinas del género «Para rí», «Maribel» y otras, equivalentes en calidad a las que edita la empresa de marras. Pero mucha gente no va a substituir «Zig-Zag» por la «Nouvelle Revue Française», ni «Sucesos» por «Vu», ni «Margarita» por «Cruz y Raya». El impuesto a las extranjeras buenas no se compensará con las mejoras nacionales, mientras estas mejoras se cifren en una publicidad mayor, de relativo valor documental y literario. Y a propósito: Suponemos que al menos, podrán entrar un par de números de esas revistas a las que se va a gravar, porque las nacionales necesitan de su auxilio. Punto a punto, página a página, se puede citar lo reproducido de esas otras. O vida propia, fuerte y valiosa o dejar vivir a los demás. Esta es la última manifestación del asunto de la propiedad intelectual. Las cosas se rodean de silencio. Y la cuestión que estudia Tomás Lago en su folleto sigue en pie, insoluble, arraigada. El intento de este autor, de aportar soluciones, es digno del mayor encomio.—  
*José María Souviron.*



ÁLAMOS NUEVOS, por *Carlos Préndez Saldías*. Editorial Nascimento.

Carlos Préndez, poeta, es un claro camino de perfección. No sé aquí de otros que hayan ido decantando más notoriamente—libro a libro—la turbia linfa inicial. Así ha venido y así ha llegado desde los truculentos Misales Rojos de su ayer hasta la alada gracia latina de sus «Alamos Nuevos».

Aquí están ellos—transparentes e ingenuos—tocados por

el oro de la tarde o recogidos como estambres en la rosa de cristal de las madrugadas.

¿Qué en la poesía nuestra no alienta el alma de la tierra?

Oíd:

«Luz tranquila de tarde.  
El paisaje es silencioso,  
y cantan sin sentido  
los dos álamos nuevos».

Con los elementos más simples, un poeta infunde el alborozo de dos almas de niño a unos álamos nuevos. Y para que la humanización afinque, hay luz tranquila de tarde y el paisaje es silencio. En cuatro voces, la loca alegría de lo que nace y la tristeza pensativa de lo que muere.

Es un ejemplo que ahorra divagaciones, porque muestra el don de esa síntesis fluyente que es la poesía.

¿Otro ejemplo?

«Ya pasó el puente de cimbra  
la niña de la mañana».

¿Véis? Sencillez armoniosa, donaire, luz, frescor, paisaje.

Deliberadamente he dicho «el alma de la tierra», aquilando este libro. Porque del espíritu de la tierra y del color de nuestra tierra, los versos de Préndez Saldías son auténtica credencial.

Su último libro canta un maravilloso rincón de la montaña andina. Pinta y siente el paisaje sin dejarse en ningún momento deslumbrar por él. Sus ojos se tiñen con todos los colores que la luz refleja en las oquedades y en las peñas, en los ribazos y en la nieve, en los árboles y en los pájaros. Y a la hora del milagro, ella, la ensoñadora, asoma también en la atmósfera del poeta. Y en el aire y en las flores de la montaña quedan entonces

«..... un silencio recogido  
para toda palabra sin decir.  
Sabiduría es dar con el oído  
que la espera venir».

Otras veces—un poco más ausente—el poeta la evoca a la sombra de los álamos:

«Blanca, toda ceñida con tu verde basquiña,  
dejabas a tu paso un aroma de fruta  
y era un canto en el agua tu corazón de niña».

.....

«Y esto que no es recuerdo ni es olvido  
es siempre amor, pero un amor más triste».

No todos los versos de Préndez mantienen la altitud del vuelo. Pero hay cantos admirables. Y hay algo más: el hallazgo de los doce versos de un poema fuerte y ceñido, de emoción sobria y trascendente: «Aguila». Título y texto que dan como una flecha en el blanco.

Cuatro o cinco volúmenes de poemas—pero veinte si se cuentan bibliográficamente—se han publicado en los últimos tres meses. Entre ellos, «Alamos Nuevos» tiene su signo personal inconfundible.

Poeta y artista, Préndez escucha en su corazón y diafaniza en sus palabras.—J. L. L.



LOS POEMAS DEL AMOR PERDIDO, por *María Cristina Madrid*;  
Ed. Nascimento; Santiago.

Por sólo el hecho de publicar en estos tiempos un libro de poesías, debería alabársele al poeta que tuviera el valor de hacerlo.